

EL TREPA PUNTO COM

Fabián, J.F

Javi Paso no es que tuviera mucho mundo pero sabía distinguir a la gente como si lo tuviera. Nunca había ido al Giro, ni al Tour en las expediciones de su hermano Miguel con el Fune a poner pintadas a Cubino, a Blanco o a Heras, pero controlaba la cosa de la psicología como un argentino. En dos miradas, con escrutar apenas dos gestos, ya tenía un buen avance del personaje. Luego era todo cosa de sumar detalles, de enriquecer la cosa. Aquella noche el personaje llegó en un momento de esos misteriosos en los que casi se vacían los bares, para volver de nuevo al poco tiempo a rebosar de personal y a vaciarse otra vez...Así que Javi lo tuvo más fácil. Tuvo tiempo hasta para escucharle lo que decía mientras le ponía una ginebra Gordons con algo. Por cierto que tenía que ser Gordons la ginebra, parecía que si no la hubiera habido, por un casual aquella noche, Javi, Miguel, el Alquilara o el que fuera responsable de la falta habrían merecido una paliza, el exilio, una multa, un expediente o el destierro. En serio, parecía, daba esa sensación, por la cara que puso cuando Javi dudó, aunque dudó porque no había entendido bien la marca que le había dicho, hablándole, como le hablaba, sin quitarse un muñón ridículo de puro entre los labios.

La suerte hizo, en fin, que Javi Paso aquella noche tuviera delante a un trepa o cosa parecida. Parecerá una bobada, pero estas experiencias pueden ser también una suerte, porque se aprende, se conoce mundo y tal. Viene bien para saber de la vida. Como también importa ir alguna vez al zoológico a ver los animales que se ven en los documentales de la 2 después de comer. Javi le tuvo delante, habló un poco con él, le mareó, incluso, -el trepa a Javi, claro- pidiéndole de todo: que si un poco más de hielo, que si moverlo desde el fondo con cuidado de no quitarle mucho gas, que si un Ballantines con un poco de agua para uno que había llegado tarde, una lata de frutos secos... en fin, encima de lo demás, un pesado. Pero eso no era lo que le definía. Que va. Lo de un poco pesado era adicional, circunstancial, era la inercia de sentirse un

poco importante, porque creía que siendo amable y servicial, pero desde una cierta distancia en vertical con la gente que departía, quedaba como majo, como a respetar, como humano, siendo, como era, un dios relativo, muy relativo o mejor: un santo de tercera división, un beato por canonizar, una autodivinidad en noche de relax proveniente del cielo, de Madrid mismamente. Qué cosas.

Javi Paso no supo nunca que aquel encorbatado en Semana Santa, viernes santo-noche para más señas, era un trepa. Pero se lo dijo Eloy Díaz, el abogado Eloy, que había salido de copas esa noche. (Estaba de boda, cuidao). Eloy le conocía, sabía mucho de él. Y también Juanjo Estévez, el abogado Juanjo Estévez, aunque Juanjo esa noche precisamente no había salido. Si por un casual hubieran coincidido allí y le hubieran visto juntos, habrían tomado una copa animadamente comentando anécdotas curiosas de aquel tipo, de la evolución humana y política de cómo son algunos personajes, de lo que buscan y cómo lo buscas, en fin de estos detalles que componen la cosa de la gente y del vivir. La conversación les hubiera dado para tres o cuatro copas sin aburrir a sus respectivas señoras y amigos, recordando las anécdotas a aquel saltimbanqui de la política cuando ya en la remota Transición, en la misma Facultad de Derecho donde se iniciaban Juanjo Estévez y Eloy, allá por los 77-78, se apuntaba sin reservas a todo lo que parecía más *in*, por ejemplo al PC de entonces o al PSOE, aunque con la lógica imprevisión medio juvenil de quien no calcula lo que sería en realidad el futuro más productivo. La verdad es que el trepa era un tipo denso, con sustancia, más allá de su barriguilla de chupón en comidas más o menos oficiales, donde además de comer se le viera, fuera servicial y lograra ascender algún milímetro en la escalada a su particular Acocagua. Qué tío. (Qué asco).

No es exactamente que la gente de corbata en noche de copas cante en el Alquitara. No. Pero este tipo irradiaba algo que se le asociaba con la corbata. Como que cantaba de alguna manera un poco, no sé cómo decirlo. Porque se sabía de antemano que no estaba de boda, ni le habían disfrazado unos amigos del PP porque se casara -de segundas en todo caso- y estuvieran en noche de despedida de

solteros. No, no. Se sabía, se veía, que aquello era de verdad, que aquel tío se había vestido así porque era así y porque quería que se le notara, porque, el pobre, creía que le iban a reconocer en Béjar, donde había estado unas cuatro veces en toda su vida, las que vino cuando tuvo un carguillo en la Junta y le mandaban a solucionar marrones con el Ayuntamiento socialista, de los que luego contaba en Valladolid que los había puesto firmes a todos. Aún recordaría alguna personalidad bejarana afín como le oyó decir en un aparte cuando ya se despedía: *“Y tenedme a raya a ese Caldera, eh, pero a raya o vengo yo por aquí”*. Aquella presencia suya en el Alquitara, con aquella pinta, con sus gemelos y demás, era como para dar a entender a quien no le conociera, que, por lo menos, sería un tipo importante, de los que no están exactamente al lado del botón rojo, pero están a dos despachos más allá o a tres como mucho. Y, tal vez, se preguntarían para sí mismos, le preguntaran al de al lado, a Javi, a Miguel o le mandarían un recado a Chema Diu para que, por favor, les sacaran de la duda sobre quien podría ser aquel tío.

En fin, una pena, pero allí estaba, se había dejado caer por el Alquitara con unos amigos, confundido porque creía que el día que salían los hombre de musgo era el día de jueves santo y de paso para felicitar a los colegas del PP por las mayorías que obtenían desde que él no había vuelto por aquí, estando como estaba en la sala de espera de algo, allá por Madrid.

Nuestro hombre era un todo terreno. No había suelo que se le resistiera, él siempre iba hacia delante, hacia la luz, hacia su luz, llevándose por delante lo que hiciera falta. Su meta era conseguir ser alguien, algo, ascender, subir, llegar, tener, mandar o mejor dicho ordenar. Incluso había querido mandar firmemente sobre el dueño de una casa de coches usados de importación, donde su cuñado le tenía apalabrado un Audi, porque era el coche de la gente del PP en Madrid y en las capitales. Había querido mandarle incluso a aquel vendedor de coches de Leganés, con más kilómetros que el que le iba a vender, y le había soltado con aplomo castizo y una mirada de arriba a bajo: *“A que se queda usted sin el coche, tío listo”*, a lo que nuestro hombre, que no era del todo tonto, entendió que más valía

con la diplomacia, porque era una ganga y para un Audi nuevo no le daba la cosa, hasta que -¡quisiera Dios!- el Aznar o alguien le nombrara algo de peso.

Javi se acercó desde la barra diplomáticamente a una tal Casti que estaba en el rincón del teléfono. *“Tú no estabas buscando el tema para una tesis doctoral”*. Casti, que había terminado sociología y se estaba pensando lo que hacer, asintió con la cabeza. *“Pues ahí tienes materia”*. Qué jodío Javi, las cazaba al vuelo.